

El Varón de Rabinal Sobreviviendo al tiempo

Rabinal Achí, llamada por algunos, Danza del Tun nace en el contexto religioso de la cultura maya aproximadamente en el siglo XIII, como una obra de teatro que transmite valores fundamentales del pueblo indígena, tales como la honorabilidad, el trato digno y comedido entre vencidos y vencedores, -que bien podría ser en nuestros días una lección a los protagonistas del conflicto y un ejemplo pedagógico para los interesados en el derecho internacional humanitario- el respeto a ideas, creencias y costumbres, como norma de vida, el valor y la aceptación del sacrificio de la vida antes que la humillación y el servilismo.

Los mayas se educaban y crecían en la observancia de la ley y sufrían con valentía la muerte cuando la vida era ofrendada por un ideal, en especial religioso o de beneficio a su comunidad, y estos atributos se reflejan en esta obra que sobrevive la hecatombe de la cruz y la espada de los conquistadores y permanece en la tradición oral hasta mediados del siglo XIX, cuando se traduce y se imprime. Por su fuerza, significado y belleza fue declarada en 2005 por la UNESCO como Patrimonio Oral Inmaterial de la Humanidad.

En Chilam-Balam habíamos observado el alcance prodigioso de la mentalidad maya, no solo en el conocimiento del cosmos, del tiempo del calendario, de la arquitectura, sino en el manejo críptico de la palabra que se elabora para comunicar con poesía los más trascendentes mensajes, el futuro de su civilización, el presagio de los invasores y la destrucción de su cultura; en el Rabinal Achí la poesía se hace movimiento y el lenguaje críptico se escribe con el cuerpo, haciendo de las manos y los pies, instrumentos para el ritual religioso.

Desde el siglo XIII su representación fue permanente y se incluía en los ritos mayas, cuando llega la invasión de los conquistadores, arrasando todo lo que consideraban atentatorio para el cristianismo, la obra logró sobrevivir y los aborígenes continuaron congregándose para ejecutarla, hasta que en el siglo XVII, en 1625, el oidor Juan Maldonado de Paz, la prohibió, pero los descendientes mayas se dieron su arte para conservarla y revivirla clandestinamente, encargando un responsable, cuya misión era memorizarla y transmitirla a un descendiente.

El maya Bartolo Zis dueño y protector de la obra por encargo en línea directa de sus antepasados, en 1885 consideró prudente dictarla en maya-achí al abate Basseur de Bourbourg, cura párroco del pueblo de San Pablo de Rabinal. Este la transcribió al quiché y posteriormente al francés. Años más tarde, en 1928 se traduce al español, cuidándose siempre que la obra no tuviera "la más mínima traza de una palabra, de una idea, de un hecho, de origen europeo"

Bartolo Zis descende de una de las familias más poderosas de la época en Rabinal, los Tzuyen. Don Francisco Tzuyen, abuelo de Bartolo, formaba parte del poder colonial, era el gobernador de Rabinal, en donde lo sagrado siempre tiene que ver con el poder, en la medida en que es un cierto tipo de relación con los orígenes.

Hoy la tradición de conservar y proteger la obra sigue conservándose y transmitiéndose por generaciones, siendo a partir de 2010 su dueño y director el licenciado José Miguel Coloch, nieto de Esteban Xolop quien lo recibió en línea directa de otros dueños a través del tiempo, como Baltasar Zis.

El Varón de Rabinal cuenta la lucha que se originó cuando el pueblo de los Rabinal decidió no pagar más tributos al pueblo Quiché y este pueblo en retaliación, invade y destruye varias aldeas del valle, pertenecientes a los Rabinal. El concepto tierra, territorio, es igual que el de hogar, el tesoro espiritual más valioso de quienes entienden la naturaleza como principio y fin. Adicionalmente para los mayas los montes, cuevas, ríos y lagos eran considerados punto de contacto con sus dioses. Los Rabinal vencieron y no había otra forma de vengar la violación del espacio que el sacrificio del invasor, o la aceptación humillante de éste de su culpa.

El Varón de Rabinal advierte al de Quiché: "aquí pagarás ahora ese trastorno", "aquí cortaremos tu raíz, tu tronco", "ya no te acontecerá jamás, de día, de noche, bajar, salir de tus montañas, de tus valles. Es preciso que mueras aquí, que desaparezcas aquí." El Varón de Quiché tiene la opción de salvarse si se somete a Rabinal, pero lo descarta exclamando: "¡Vamos! ¿Sería un valiente, sería un varón, si me humillase, si humillase mi cara?".

Se inicia el rito del sacrificio del Varón de los Quiché, quien previamente invita a águilas y jaguares a cumplir su deber. Estos entonces lo colocan sobre el ara del sacrificio y le abren el pecho mientras los presentes bailan alrededor.

En Rabinal, Baja Verapaz se conserva la tradición centenaria y año tras año en sus fiestas es posible apreciar la escenificación de El Varón de Rabinal, como una manifestación religiosa extraída de lo más profundo de sus ancestros.

Una de las etapas importantes del rito es la ofrenda realizada a los veinte nawales, y el pueblo participa quemando velas de cebo y cera con fuego de los seis colores principales que componen la cruz maya. El rojo se pone al oriente, el negro al poniente, el blanco al norte y el amarillo al sur, como colores principales. Al medio van dos colores, el azul, que representa el cielo y el verde, a la naturaleza. Se coloca igualmente azúcar, tabaco, pan, ajonjolí y licor. El azúcar y el tabaco son materiales que ayudan a dar vida al fuego.

Es un privilegio de la humanidad la conservación de la obra escrita y lo es, aún más, revivirla en vivo en este pueblecito de Baja Verapaz.